

ARA ANTÓN



Espaldas con alas

© Textos: Ara Antón
© Editorial REVISTA AGUSTINIANA
Paseo de la Alameda, 39
28440 GUADARRAMA (Madrid)
Internet: <http://www.agustiniana.com>
E-mail: revista@agustiniana.com

Fotocomposición e impresión:
TARAVILLA
Mesón de Paños, 6
28013 MADRID

ISBN: 84-95745-31-3
Depósito Legal: M. 30.669 - 2004

Impreso en España

Alonso intentaba ponerse los pantalones, dando tumbos por la habitación. La cabeza no parecía muy segura sobre sus hombros, y las piernas, las malditas piernas, resbalaban constantemente, o se doblaban sin previo aviso, haciéndole trastabillar como un borracho. Y no es que hubiera bebido. Ya ni siquiera lo necesitaba, después de ingerir en grandes cantidades Frosinor y Trankimazín, drogas al fin, pero eso sí, recetadas por su psiquiatra.

Estaba allí desde hacía pocos días, tras una tímida llamada de teléfono a sus tíos del pueblo, pidiéndoles albergue “por un tiempo”. No se atrevió a decir que para siempre, aunque la noche en que tomó la resolución de irse a la casi despoblada aldea de las montañas, lo había hecho decidido a no volver a salir. Pero no quiso comunicarlo a los dos ancianos por miedo a que estos, acostumbrados a su tranquila monotonía, le negaran el cobijo. Y entonces sí que no habría sabido qué hacer, ni adónde ir; después de tener un gran piso en Madrid, un chalet en La Sierra y un adosado en Marbella. Pero eso había sido antes. Ahora ya no tenía nada. Unas pocas perras para, si era moderado en sus gastos, aguantar hasta la llegada de la pensión, que dudaba cobrar, no sólo por la situación del país, sino por sus pocas ganas de vivir. Pocas, pero las suficientes para

impedirle tomar decisiones drásticas. Le resultaba curioso observar cada amanecer al despertarse, después de un sueño amargo y pastoso, cómo, con tal de no morir, el hombre acepta olvidar las ilusiones, las esperanzas, las ambiciones, el amor, hasta el ansia y el recuerdo del Paraíso. Con tal de no morir es capaz de vivir en el infierno.

Tenía cincuenta y seis años y las experiencias quemadas, o al menos así lo creyó el día en que, desposeído de casi todo por la que había sido la madre de sus hijos y por estos mismos, y despedido del trabajo, en el que dejó sus mejores ideas, ilusiones y energías, recordó que, en un pueblo perdido, aún quedaban dos hermanos de su padre, y que la casa en que vivían, los prados y las tres vacas que sacaban al pasto, algún día le pertenecerían, pues los viejos habían permanecido solteros.

Estaba muy cansado. No quería empezar de nuevo algo que ya sabía muerto o derrotado antes de nacer. La escapada al valle, habitado por media docena de ancianos, algún que otro rumiante y cuatro o seis mastines, se le ofreció como única salida, o descanso, o muerte sin morir.

Abrió los cuarterones -es curioso cómo desde que estaba en el pueblo utilizaba las viejas palabras, que había oído a sus padres y abuelos- y un sol blanco y esplendente le hirió los ojos, que se empequeñecieron dolidos. Serían apenas las ocho de la mañana, pero ya hacía rato que sentía moverse a los dos ancianos por la casa. No quería alterar sus costumbres, dentro de lo razonable, así que procuraba levantarse para desayunar en su compañía y luego ayudarles en las pequeñas tareas en las que continuaban empeñados. Alonso no entendía muy bien por qué seguían, cada día, acompañando las vacas al pasto, o por qué segaban la hierba utilizando una guadaña, cuya sola visión le producía calambres en las vértebras. Y luego, en el atardecer, les veía

ordeñar, cachazudos, una leche espumosa y densa que, como el doctor se la tenía prohibida, hervían varias veces, para quitarle, decían ellos, la grasa. Grasa que, una vez convertida en nata amarilla y espesa, horneaban con harina, azúcar y huevos, para sacar al poco rato del calor unas pastas o mazapanes, los cuales humeaban sus deliciosos olores, llenando la cocina de dulces promesas, que para nada tenían en cuenta las recomendaciones del médico.

Frente a la entrada de su casa vivían otros dos ancianos, quienes hacía poco habían perdido a la mujer que los había unido al casarse con el mayor, llevándose, incluido en la dote, a su hermano pequeño. Toda la vida la habían pasado juntos y, cuando ella se les fue, siguieron unidos por la costumbre. Uno de ellos, Nicolás, tenía ya más de noventa años, el otro, Juan, apenas pasaba de los ochenta. Tenían piso en la ciudad, el cual habían comprado cuando la mujer enfermó “para estar cerca de la residencia sanitaria”. Pensaron quizás que con el terrible sacrificio que para ellos supuso sacar los ahorros de debajo de la escalera y pasarlos a manos extrañas, comprarían también la salud. Pues no cabe duda de que cuanto más grande sea la ofrenda, mayor ha de ser la recompensa. Pero no fue así. Ni la proximidad a los médicos, ni el doloroso trance de desprenderse del dinero de toda una vida sirvieron para nada y la anciana, después de unos meses de dolores y malestares sin cuento, decidió morirse, para descansar del cúmulo de penas que sus débiles espaldas habían tenido que soportar durante más de setenta años.

Así que los dos viejos, en cuanto llegaba la caída de la tarde, cruzaban la calle y se sentaban en la gran piedra, que nadie recordaba haber colocado junto a la puerta, pues hasta Nicolás ya la había visto, de niño, allí instalada y, en

silencio, esperaban a que los tíos de Alonso terminaran sus faenas y su frugal cena para que salieran a charlar un rato. Al forastero le llamó la atención que apenas se hablaba. Que si el prado de la sierra está para segar, que la vaca pinta anda algo mala, que la madre de Antonia vende la casa...

-A buenas horas -dijo María, la tía de Alonso, estirando los pliegues del mandil-. Ahora que han dejado caer el tejado. Mira que el año pasado se lo dije... “Antonia, convence a tu madre de que dé la vuelta a las tejas. Si las dejáis así no os aguantan otro invierno”.

-Ya. Todos lo vimos -intervino Juan, con una risa boba, que dejó al aire sus encías húmedas y encogidas- pero no tenían dinero...

-Pues de venderla, que lo hubieran hecho antes de que se cayera -siguió empecinada María-, ahora no se la comprará nadie, y si lo hacen, les pagarán la mitad de lo que habrían sacado hace meses.

-Sí -cabeceó Nicolás, convencido-. Pero lo que hay que hacer es comprar, no vender...

Callaron, ensimismados al parecer en el dilema. Era cierto que siempre habían visto a sus padres sudar de sol a sol por hacerse con una hemina de tierra, y ese goce de ensanchar el capital lo tenían grabado a fuego en su cabeza, pero ahora no había jóvenes a quienes legárselo para que lo mantuvieran. Todos corrían a la ciudad en cuanto sabían andar y ya no regresaban. Los campos se llenaban de zarzas y las casas de goteras. A veces, los pocos que quedaban, hacían apuestas, jugándose una copa de orujo, si esta cuadra se caería con la siguiente nevada, o aguantaría dos, o tres.

Alonso apenas intervenía en sus conversaciones. Trataban temas o asuntos que él no entendía. Hablaban de gentes de otras épocas, con otras ideas y esperanzas, de las que

guardaban memoria sólo ellos y el tiempo, el cual, poco a poco, escondía los recuerdos. Una velada quiso contarles sus esfuerzos por ascender en la empresa, los sudores de pagar una hipoteca que rozaba sus posibilidades, para conseguir el piso en el Barrio de Salamanca, las interminables horas de trabajo, los fines de semana abortados porque llega ese cliente tan importante, las chicas siempre distintas que se encontraba cada semana sirviendo la cena a sus hijos, lo ocupadísima que estaba su mujer con su tienda de modas, que para lo único que servía era para recibir en ella a la directora de no sé dónde, o a la nueva líder sindical, que deseaba renovar su pasado vestuario y necesitaba el consejo de una experta, porque “yo, hasta ahora...”. No se conseguía mucho dinero, pero sí viajes a París e Italia y sobre todo correr de un lado a otro, sin tiempo para pensar, imaginar o soñar, y el roce con el todo Madrid que, a veces, agradecido, les invitaba a alguna fiesta...

No le entendieron. Alonso, después de hablar un rato, mirando al suelo, donde creía ver sus recuerdos, alzó la vista. Todos lo contemplaban con una especie de conmisericordia, pues adivinaban un gran dolor en sus palabras, pero no alcanzaban a ver dónde estaba el sufrimiento; es más, se dio cuenta de que lo trataban como a un estúpido, que no había sabido medir sus energías, respondiendo al modelo que los demás le habían marcado. Si hay dinero para comprar una tierra se compra, si no, no. Y eso lo hacían extensivo a casas, coches, chalets o cualquier otra clase de capricho de los habitantes de las ciudades. Ellos, en la aldea, sólo habían tenido obligaciones, no caprichos. Y en cuanto a tareas o quehaceres, las que buenamente pudieran desempeñar o aquellas para las que se consideraban capacitados. Eran como eran, nada más.

Por eso, después de aquel día, casi nunca hablaba. Él

tampoco entendía que Juan, con ochenta años, casi ciego por la diabetes, se subiera al tejado a arreglar desperfectos, en vez de pagar a alguien que lo hiciera. Eran dos mundos paralelos. Alonso se conformaba con que lo dejaran en paz. Ayudaba en lo que podía, incluso en la cocina a su tía María, quien al principio le rechazaba porque “estas son cosas de mujeres”, pero que acabó aceptándolo, no por su pericia con los pucheros, sino por su silencio, que se convirtió en el cesto recogedor de los recuerdos de la mujer.

-Nunca se me pasó por la cabeza casarme -le decía una tarde, mientras pelaba zanahorias que acababa de coger en el huerto-. Mi madre estaba muy torpe y había que cuidarla y además, tu tío Manuel ..., ya ves, nunca ha valido para mucho y como tu padre se marchó joven, pues yo...

Hablaba sin rencor, sin siquiera hacerse preguntas o hacérselas a los demás. Había hecho lo que tenía que hacer. A veces miraba al pico más alto de la sierra, cabeceaba despacio y volvía a su tarea de cada día.

-Pero ahora que ya cobráis el retiro -apuntó Alonso, deseoso de ofrecer una alternativa de vida a alguien que nunca la había tenido, olvidando tal vez que él sí había podido escoger y que ahora compartía el mismo espacio con la mujer- podríais dejar las vacas y viajar con el Insero. Creo que hacen muy buenos precios y así cambiaríais de ambiente y veríais mundo y...

-No hay nada nuevo, hijo. Todos los hombres son iguales. No importa el lugar donde vivan. Lo que no hemos conocido aquí, no podemos percibirlo en ninguna parte. Aquí tenemos montañas, ríos, prados y, subiendo al Pico Grande, hasta podemos ver las llanuras del sur. Ahora ya no lo hacemos. Antes sí, algunas veces, tu tío y yo cogíamos la fiambra y el domingo, después de misa, echábamos monte arriba. Un día tienes que subir, verás qué de pueblos

se ven en el llano y, si es un día claro, hasta la catedral se ve brillar allá, lejos, muy lejos, blanca, muy blanca.

Los días corrían lentos y pesados para Alonso, acostumbrado a aprovechar cada segundo. Ahora no miraba el reloj -un rólex, que le había costado una fortuna y que le habían dejado, probablemente porque no se acordaron de él-. Sabía aproximadamente la hora por las voces de María llamando al almuerzo o la cena. Las primeras jornadas fueron un lenitivo para su angustia. Nadie lo fastidió con preguntas. Cuando llegó dijo que “las cosas no han salido bien” y eso fue suficiente. Más tarde, cuando quiso desahogarse, supo que el idioma que empleaba no era el de aquel lugar. Agradeció el silencio y se encerró en su dolor, sin tener que soportar palabras vanas, o huecas esperanzas, acompañadas de palmaditas en la espalda, que dolían como hierros candentes. Después, poco a poco, fue aceptando el pesar y se dejó penetrar por él. Como una corriente de agua, le fue atravesando, salpicando de gotitas las tierras que pisaba. El nudo del estómago se soltó, y en su lugar quedó una especie de vacío, un agujero que se tragaba sus tímidos pensamientos de renovación. Volvió a estar intranquilo. Se decía que tal vez no fuera tan tarde como pensó en un principio, que si buscara... Si buscara, ¿qué? Sus antiguas experiencias pesaban sobre su mente y, antes de que el esbozo de proyecto hubiera tomado forma, ya estaba hundido en la nada del hueco.

...

...

Cogió los tomos que se le ofrecían y regresó con ellos a la mesa. Abrió uno al azar y comenzó a leer. Primero

despacio y casi sin interés, luego más deprisa. Sin saberlo, dejó que su imaginación se convirtiera en un manantial de fuerza que lo alejó del cuarto para entrar en el África del siglo IV y concretamente en la ciudad de Tagaste.

Eran aquellos años de decadencia. No hacía demasiado tiempo que en las mesetas de Numidia se cultivaban enormes cantidades de cereal, guardadas, en el comienzo del desierto, por fuertes, los cuales protegían al propio tiempo las calzadas y las ciudades. Una inscripción encontrada en Timgad, ciudad situada al sur de Tagaste, cuna de Agustín, describía los años de gloria de la provincia: *La casa, los baños, juegos y risas, jeso es la vida para mí!*

Cuando Agustín vino al mundo en el año 354 el esplendor había terminado. Los grandes proyectos habían sido abandonados y templos y edificios oficiales perdían la belleza con la que fueron diseñados. Las limpias cuadrículas de las ciudades romanas empezaban a desaparecer bajo la anarquía de chabolas y casuchas, en las que se hacinaban las gentes, que olvidaban su condición de ciudadanos del Imperio, para volver a sus costumbres casi tribales. Tagaste se elevaba unos 600 metros en una meseta situada a más de 300 kilómetros del mar. Los bosques de pinos, plantaciones de cereales y olivos eran el paisaje que llenaba los ojos del niño, quien correteaba de un lado a otro, regresando a casa sólo para comer. Y, según él mismo cuenta, ya de bebé tenía un buen apetito, que saciaba con los pechos de su madre y sus nodrizas, quienes atendían prestamente sus caprichos o necesidades, pues, desde muy pronto, ya dio muestras de un fuerte carácter que mostraba a menudo cuando sus deseos no eran satisfechos, *me vengaba de todos ellos llorando a grito pelado.*

La política del Imperio atravesaba uno de sus muchos momentos conflictivos. Constancio, el único hijo vivo que quedaba de Constantino el Grande, acababa de nombrar césares, aunque sin ejército, ni aparato administrativo, a sus sobrinos, Galo con sede en Antioquía, y Juliano en la Galia, con sede en Lutecia. Galo era ambicioso e impaciente y no pudo soportar el vigilante que su tío le había asignado, e intentó deshacerse de la tutela del prefecto del pretorio de la diócesis de Oriente, con el resultado de su ajusticiamiento inmediato por el emperador. Juliano, igualmente ambicioso, pero más inteligente, no obstante la oposición del prefecto del pretorio, logró captarse simpatías y se limitó a esperar.

En el 357, Constancio se trasladó a Roma con todo el brillo de su corte. Pretendía celebrar su reciente victoria sobre Magencio, el galo que asesinó a su hermano Constante, facilitándole sin querer el camino hacia el poder absoluto. Cualquier tipo de usurpación, a partir de aquel momento, sería considerada, además de traición, blasfemia, ya que el Imperio había recuperado su unidad gracias a la voluntad divina, y el emperador era el primer servidor del Señor.

El problema de la herejía de Arrio, el obispo especialista en escribir panfletos y componer canciones, a pesar de que hacía veinte años que faltaba de entre los vivos, seguía vigente. Constancio, tras los sínodos de Rímimi y Selencia, elaboró una fórmula, junto con los obispos arrianos, en que se proclamaba la semejanza del Hijo con el Padre, sin hacer alusión a la sustancia. Desterró a los cristianos ortodoxos que no quisieron aceptarla y prohibió a los paganos, bajo pena de muerte, ofrecer sacrificios o venerar estatuas. De momento pareció lograr la unidad del estado, de la que no disfrutó demasiado ya que murió en el 361. El César Juliano fue proclamado augusto. Constancio, moribundo, y con él todos los obispos, lo aceptaron.

Juliano había sido educado en el cristianismo por el obispo Eusebio, quien no dudaba en utilizar el látigo cuando su discípulo no se aplicaba lo suficiente. Durante el tiempo que estuvo confinado en Nicomedia, un esclavo enamorado de los clásicos le leía a los filósofos griegos, y además nunca fue capaz de separar la religión de los errores de algunos de sus pastores, de forma que, una vez en el poder, su primer paso fue facilitar la vida a los paganos, devolviéndoles sus templos y posesiones. Toleró a los cristianos, pero les prohibió enseñar. No contaban para nada más que para pagar impuestos. No obstante, las dos comunidades vivían en paz y hasta los miembros cultos se mezclaban para contrastar opiniones.

Poco le duró a Juliano su organización y su ansia de estudio y trabajo. Los persas atacaron la frontera, y el emperador, al frente de sus tropas, partió bajo un terrible sol a defender sus tierras. Una tarde, con apenas 32 años, fue mortalmente herido. Se cuenta que aún tuvo tiempo de charlar con su amigo Máximo sobre la inmortalidad del alma, que escapaba ya de él por sus heridas.

Tras su defunción, los comandantes eligieron a Joviano, quien se apresuró a congraciarse con los cristianos, devolviéndoles todos sus privilegios. Pero alguien no estuvo de acuerdo, pues el emperador apareció sin vida en su tienda, apenas un año más tarde de su elección. Era el mes de febrero del 364. Se le enterró en la iglesia de Los Santos Apóstoles, en Constantinopla.

De nuevo los comandantes se reúnen para la elección de agosto. En este caso todos estuvieron de acuerdo, se designó a otro cristiano, Flavio Valentiniano, con la exigencia de que nombrara un corregente. Se apresuró el nuevo emperador a encumbrar a su familia, aunque su elección no agradó a la mayoría. El 28 de Marzo del 364 presentó

al ejército a su hermano Flavio Valente. Lo revistió con la púrpura y le colocó la diadema, le proclamó augusto y lo acompañó a palacio en un carro de guerra. Valente era joven e inexperto, pero veneraba a su hermano mayor, lo que era una ventaja a la hora de gobernar, porque aunque los imperios de oriente y occidente estaban nominalmente separados, era la voluntad del muy capaz Valentiniano la que se imponía.

En tanto, dejamos a Agustín en los bosques de Tagaste, correteando con otros niños, importándole un bledo los problemas de la política o la economía.